



cuento
ilustrado

Miguel Alejandro Sarmiento Sarmiento

UNA ÚLTIMA BATAJIA

ILUSTRACIONES | Juan Fernando Caballero







Miguel Alejandro Sarmiento Sarmiento

UNA ÚLTIMA BATALLA

ILUSTRACIONES | Juan Fernando Caballero



POLI
POLITÉCNICO
GRANCOLOMBIANO
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA



Institución Universitaria
Politécnico Grancolombiano

Calle 61 N.º 7 - 69
Tel: 7455555, ext. 1516
Bogotá, Colombia

© 2025. Todos los derechos reservados.
Primera edición, julio de 2025

Una última batalla

eISBN: 978-628-7662-91-9

AUTOR

Miguel Alejandro Sarmiento Sarmiento

DISEÑO E ILUSTRACIÓN

Juan Fernando Caballero

EDITORAS ACADÉMICAS

Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Téllez Pedraza

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial
Eduardo Norman Acevedo

Analista de producción editorial
Guillermo A. González T.

Corrector de estilo
Ana Milena Cortés

Sarmiento Sarmiento, Miguel Alejandro.
Una última batalla / Miguel Alejandro Sarmiento Sarmiento; Juan
Fernando Caballero, ilustrador. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico
Grancolombiano., 2025.
28 p.; il. ; 20x20 cm.

eISBN 978-628-7662-91-9

1. Cuentos árabes 2. Literatura oriental 3. Guerras en la literatura
4. Monarcas en la literatura. I. Institución Universitaria Politécnico
Grancolombiano II. Tít.

SCDD 892.73 Co-BoIUP

Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

¿CÓMO CITAR ESTE LIBRO?

Peters Rada, V.E. y Téllez Pedraza, M.F. (Eds.) (2024). *Una última batalla*.
P. 24. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento *Creative Commons* del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Compartir igual.

El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano pertenece a la ASEUC (Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia).

El proceso de gestión editorial y visibilidad de las publicaciones de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano se encuentra certificado bajo los estándares de la norma ISO 9001:2015, con el código de certificación ICONTEC SC-CER660310.



Cuenta la leyenda que hace 700 años, en el desierto de Arabia, nació un niño hijo de peregrinos, los cuales se movilizaban por toda Arabia en busca de la redención y el perdón de su Dios. Un día, mientras se encontraban caminando por tierras extrañas, fueron interceptados por piratas, los cuales los asesinaron y les robaron todo lo que llevaban. Cuando estaban a punto de irse escucharon el llanto de un niño, así que decidieron volver y llevárselo también, pues podrían venderlo por algunas monedas de oro.

Desde muy pequeño el niño fue obligado a trabajar, era lastimado físicamente como cualquier esclavo, pero cuando alcanzó la edad de 15 años, organizó una rebelión en contra de sus opresores, convenciendo a los demás esclavos de que debían dejar de someterse a personas que ganaban dinero gracias al trabajo, sudor y sangre que ellos daban cada día. Cuando por fin se liberaron de sus cadenas y asesinaron a sus opresores, el niño y un grupo de personas que lo seguían decidieron alojarse en un pueblo cercano, mientras buscaban qué hacer y cómo rehacer su vida.

Lastimosamente, el destino tenía otros planes; un escuadrón del ejército árabe los capturó porque habían asesinado gente de la más alta esfera social, y la orden era matarlos en cuanto los tuvieran cerca, pero el hombre al mando del escuadrón vio potencial en el niño y notó en él el espíritu de lucha que se requería en un soldado, así que decidió dejar con vida a los muchachos con la única condición de que se unieran a las filas de su ejército.

Fue así como desde muy joven ese niño inició su danza con la muerte, ya que estos hombres le enseñaron a matar, torturar, engañar y robar. Fueron muchas las batallas

en las que estuvo, perdió amigos y conocidos, pero gracias a su gran capacidad en combate se le concedió un rango importante dentro del ejército.

A la edad de 30 años decidió dejar la guerra porque no quería seguir peleando en luchas que no le correspondían, así que agarró un caballo y decidió viajar por toda Arabia. Cierta día arribó a un pueblo llamado Siraf, un lugar lleno de pobreza y hambre, constantemente azotado por vándalos y piratas, los cuales robaban, golpeaban y asesinaban a los hombres por diversión, y violaban a las mujeres.

El niño ya hecho hombre, al ver todas las adversidades por las que atravesaba la población de este lugar sintió lástima. Era un ser que estaba harto de la guerra y solo quería paz, así que cuando descansó y le dio de beber a su caballo decidió marcharse; pero mientras se iba, vio a una mujer alta, delgada, rubia, con ojos más azules que el cielo. En ese momento supo que se había enamorado. Decidió acercarse a la mujer y preguntarle:

—¿Por qué una mujer con tanta belleza se encuentra viviendo en un pueblo lleno de peste?

—Es mi hogar y debo luchar por él —le respondió con humildad la mujer.

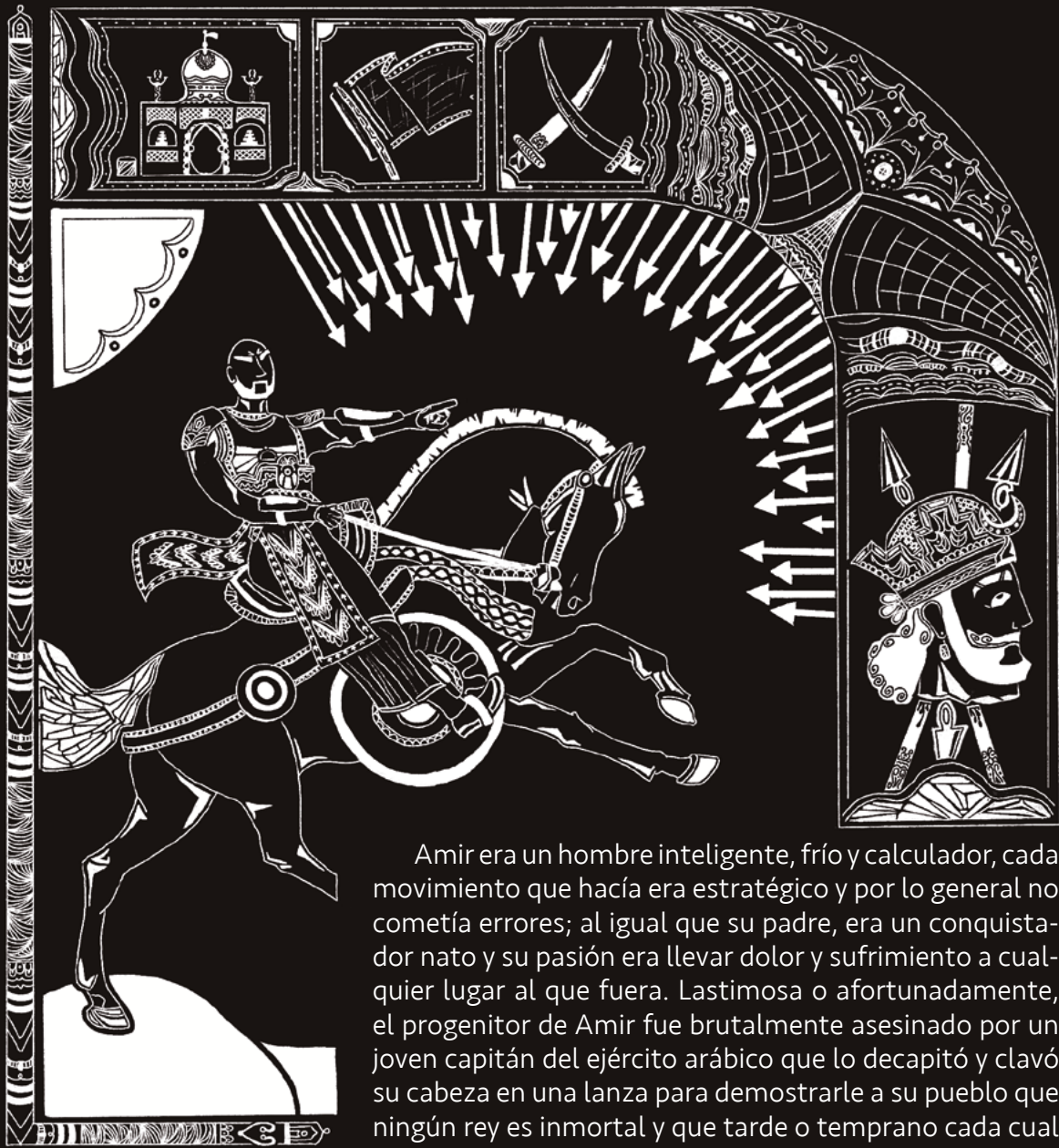
Con el paso del tiempo, la mujer convenció al hombre de que se quedara y utilizara sus conocimientos y habilidades para ayudar a los ciudadanos; no importaba si él no quería luchar, solo necesitaba que les enseñara a hacerlo. Y así fue, el hombre entrenó a hombres y mujeres en el arte de la guerra, así como también les enseñó a leer y a escribir; incluso los educó en otros idiomas que él había aprendido en su tiempo en el ejército. Fue así como se convirtió en un líder y salvador para este pueblo. Ellos, como agradecimiento, le juraron lealtad eterna y lo nombraron "Milak Saqit", que en árabe significa el ángel de los caídos.

Siraf pasó de ser un pueblo lleno de pobreza e inseguridad a ser una metrópolis digna de admirar, con una economía estable y rutas de comercio que iban desde el Golfo Pérsico hasta el Océano Índico. El rumor de la excelente calidad de vida que se vivía en este pueblo,

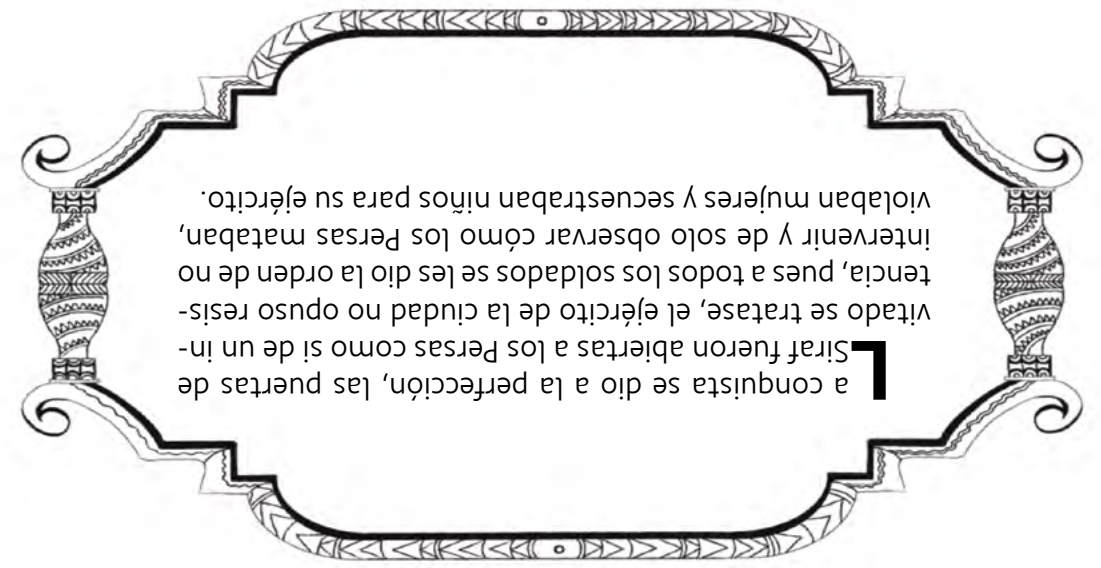


ahora convertido en ciudad, se extendió a lo largo y ancho de todo el continente asiático y europeo. Cientos de personas llegaban cada mes a Siraf en busca de nuevas oportunidades y, dependiendo de sus intenciones en este lugar, podrían reclamar una vivienda y obtener un trabajo para ayudar con el desarrollo de la ciudad.

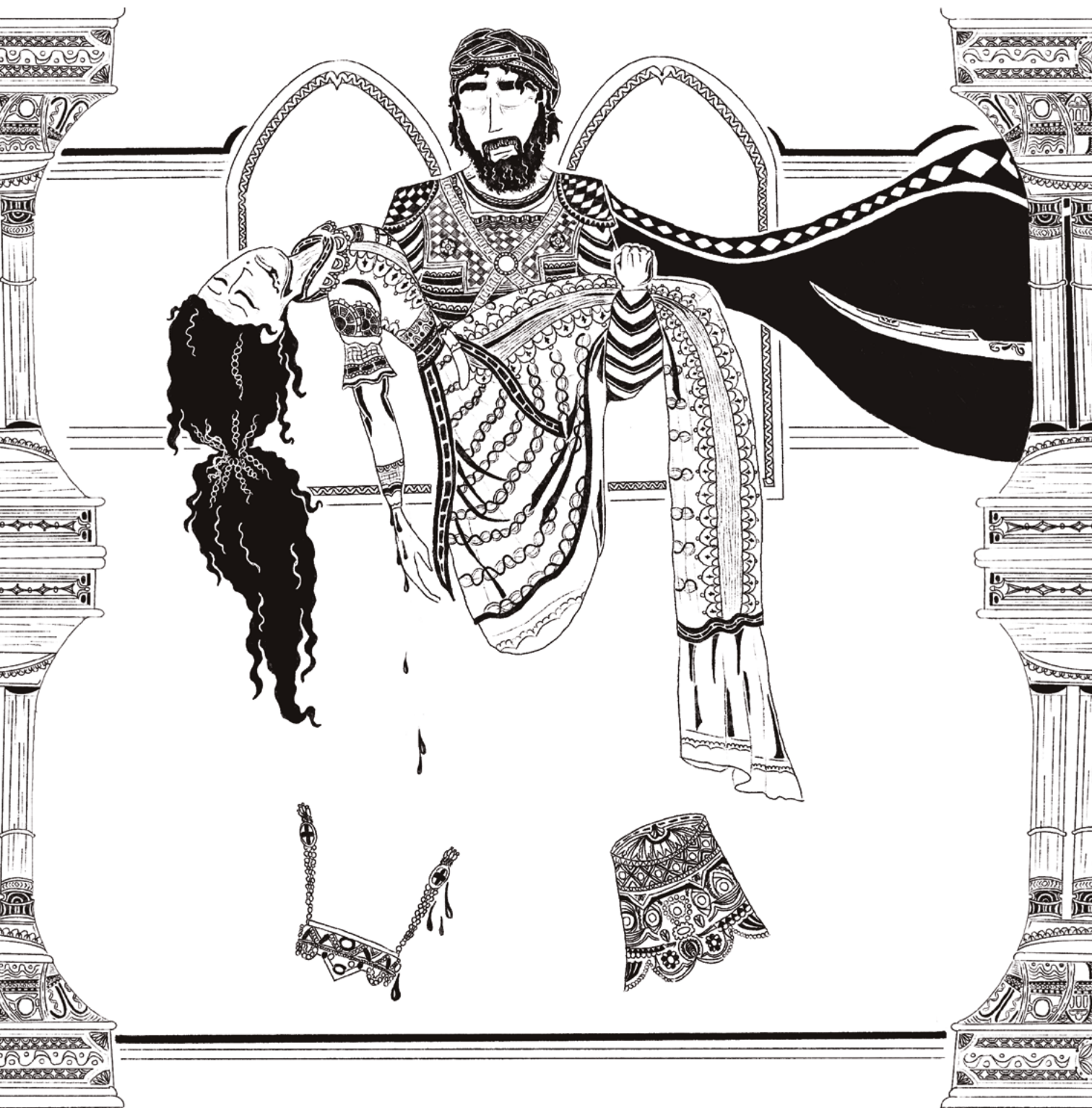
Así como llegaba información de la metrópolis a todos los rincones del planeta, también llegaban rumores de una gran guerra que se estaba disputando en Asia Central; el Imperio Persa se fue convirtiendo en uno de los clanes más grandes en la historia de la humanidad, contaba con un numeroso ejército, armamento y recursos ilimitados. El rey de este impetuoso imperio era Amir Aldamar, que en árabe significa "príncipe de la destrucción". Su principal objetivo era la conquista de todo el continente asiático para después llevar su régimen totalitarista a todo el mundo.



Amir era un hombre inteligente, frío y calculador, cada movimiento que hacía era estratégico y por lo general no cometía errores; al igual que su padre, era un conquistador nato y su pasión era llevar dolor y sufrimiento a cualquier lugar al que fuera. Lastimosa o afortunadamente, el progenitor de Amir fue brutalmente asesinado por un joven capitán del ejército arábico que lo decapitó y clavó su cabeza en una lanza para demostrarle a su pueblo que ningún rey es inmortal y que tarde o temprano cada cual paga por sus pecados.



El Imperio Persa ya había conquistado Asia Central y el siguiente paso era llevar su régimen hacia Arabia; el primer sitio en su lista para poner la bandera pérsica era Siraf, pero Amir no quería conquistar esta ciudad, la quería ver caer en pedazos y arder, pues creía que sus gobernantes se creían superiores a Persia por tener mejor economía y conexiones con otros países. Por este motivo, quería ver su destrucción. Tenía una gran ventaja, el comandante del ejército de Siraf, Ismael, estaba dispuesto a ayudar a Amir con la única condición de que matara al rey para que así él pudiera gobernar bajo las órdenes persas; lo que este hombre no sabía era que los planes del rey persa eran muy distintos a lo pactado.



Algunos no toleraron tanta crueldad y decidieron huir, otros se quedaron y juraron lealtad al Imperio Persa; el 80% de la población de Siraf murió ese día.

Ismael estaba enojado y triste por lo que había sucedido, pues ese no era el trato que había hecho con Amir, y cuando fue a reclamarle al rey, este ordenó que lo encadenaran y se lo llevaran prisionero, pues si había algo que él odiaba era a los traidores de la patria. Amir llegó al salón del trono y lo que vio, aparte de destrucción y fuego, fue al viejo rey Milak, de 80 años, sosteniendo en sus brazos a su esposa, la cual había sido asesinada, aunque no por parte de algún miembro del ejército Persa. Amir se apiadó del anciano y dijo a sus hombres:

—Vámonos, este hombre está más que acabado, es un rey que le falló a su pueblo y a su familia.

Unas horas después de que se fue el último persa, un hombre alto, atractivo, elegante y con ojos verdes, se presentó ante Milak, y le dijo con una sonrisa maquiavélica:

—Yo puedo ofrecerte la venganza que estás desando. Solo debes decir ¡Ayúdame, poderoso Caín!

Milak Saqit no era solamente un líder y un rey para el pueblo de Siraf, era considerado una deidad, un ángel que había llegado a sus vidas para rescatarlos y salvarlos de la miseria en la que vivían. Antes de la llegada de este hombre se hablaba de una profecía que recitaba la llegada de un mesías, un sujeto que dejaría de ser un humano para convertirse en un ser inmortal y a partir de allí llevar al pueblo a una era dorada, en la que solo se conocía la paz, y la guerra se transformaba en un recuerdo lejano. Pero, en esta profecía no solo se decía que este ser iba a ser el salvador de Siraf, sino que también sería su destructor.

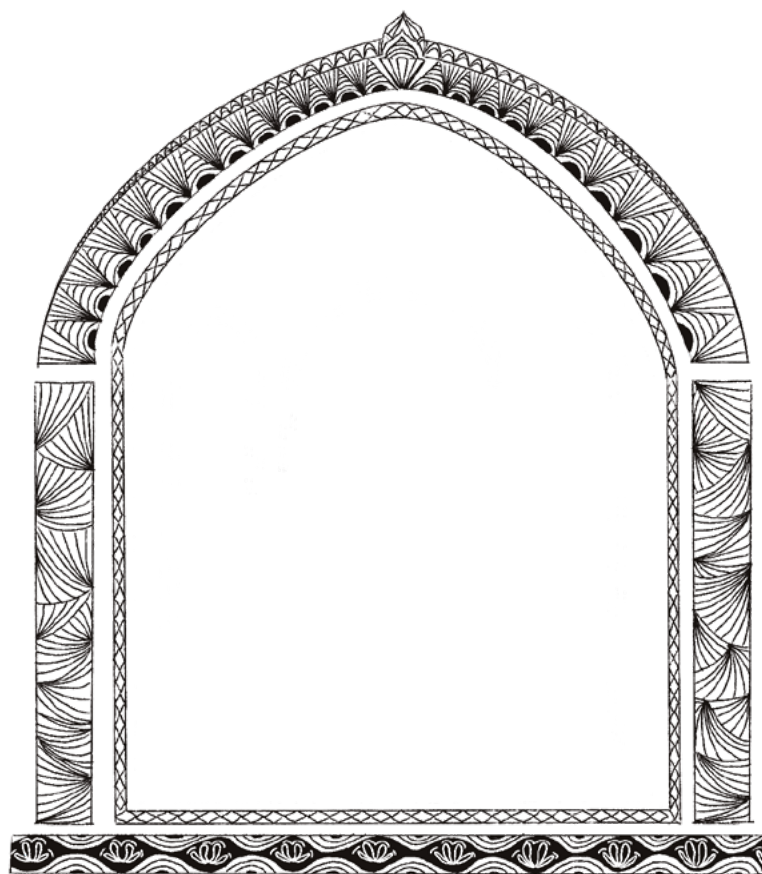
El rey de Siraf se casó con la hermosa Talia, una mujer guerrera con personalidad fuerte e independiente, con la cual tuvo un hijo al que llamaron Ismael. Una de las muchas batallas que Milak tuvo que enfrentar para poder



regresar la paz a Siraf, fue la guerra de la ciudad de Susa. Luego de la masacre y la muerte del rey de Susa a manos del ángel de los caídos, se dio la orden de quemar toda la ciudad y dejar que los soldados y ciudadanos sobrevivientes pudieran salir de allí con vida, pero cuando el rey estaba por irse escuchó el llanto de un bebé; era el hijo del rey que acababa de morir. Milak vio al niño y se vio reflejado en él, ya que también había perdido a sus padres y a su pueblo, así que tomó la decisión de llevarse al niño y adoptarlo como su hijo, a quien llamó Irineo.



Con el paso del tiempo, Siraf pasó de ser un pueblo borrado del mapa a ser una de las civilizaciones más avanzadas cultural y científicamente; los niños se convirtieron en hombres y el joven rey se convirtió en anciano. Ismael se convirtió en el comandante del ejército e Irineo en el máximo senador del consejo de Siraf. Fueron nuevos años gloriosos en los que el pueblo se lucró de buenas personas y de grandes recursos. Pero lo bueno no dura para siempre, Ismael estaba convencido de que Siraf debía ser la capital por excelencia del mundo; los medios



económicos, naturales y culturales eran los mejores en todo el continente asiático, y la visión del comandante era llevar estos recursos y su metodología al resto de las regiones, imponiéndola de la forma en que fuese necesario. El rey se negó rotundamente, no quería más guerras ni muertos, la hora de pelear ya había pasado y era momento de avanzar dejando atrás los conflictos y las dictaduras. Esto enfureció a Ismael, quien desató un profundo odio y resentimiento hacia su padre, argumentando que se había vuelto “débil”.



Días después, Irineo recibió una misteriosa carta en la que se le revelaba la verdad sobre cómo el rey Milak había asesinado a su verdadera familia y lo había robado cuando era un bebé. Esto enfureció al senador y lo llevó a enfrentar a su padre, quien le reveló toda la verdad y le dijo que todo había sido para protegerlo; desafortunadamente, el hombre, llevado por la furia, no vio el lado bueno del asunto y al igual que su hermano generó odio contra el rey de Siraf.

Meses después ocurrió lo que se llamaría “La masacre de Siraf”, en la que los persas tomaron el control de la ciudad y la quemaron por completo. Mientras el ejército defendía a la población, Milak trataba de poner a salvo a su esposa, pero en ese momento un iracundo Irineo lo atacó con su espada, dispuesto a matarlo por lo que le había hecho a su familia. El rey trató de defenderse, pero estaba viejo y muy débil. Irineo dominó la batalla, pero, cuando estaba a punto de derribar a su oponente con un golpe final, Talia se atravesó y fue apuñalada en el corazón por la espada de aquel al que, por muchos años, crió como su propio hijo. Irineo asesinó a su madre, sintió tristeza y desesperación, por lo que decidió marcharse.



Horas después, cuando hizo presencia el hombre misterioso, Milak le dijo:

—Acepto tu ayuda, Caín, deseo venganza.

Caín con una sonrisa retorcida le respondió:

—Sígueme anciano, yo te daré lo que buscas.

El rey sin trono siguió al ser inmortal durante días, cruzaron montañas y valles, en busca de las aguas malditas de los ángeles caídos. Cuenta la leyenda que antes de la guerra en la Ciudad de Plata, ángeles seguidores del mal, llegaron a la tierra y vieron un hermoso jardín; fue tanta la belleza de este lugar que decidieron tomarlo para ellos, pero eran seres malvados que estaban corrompitos por la oscuridad.

Cada momento que pasaban allí lo iban convirtiendo en un paraíso oscuro y sin vida, a tal punto que cuando se bañaron en las aguas, estas pasaron de tener un color azul claro a un rojo oscuro, similar a la sangre. Cuando se percataron de esto decidieron irse y nunca volver.

Caín se enteró de este sitio, debido a que en uno de sus muchos viajes por la tierra llegó a un punto inhóspito y muy oscuro, en el que el cielo estaba cubierto por nubes opacas y nunca daba el sol. El perro que lo acompañaba bebió de esta agua oscura y enseguida su aspecto cambió a una forma demoníaca y con ansias de sangre. Al punto que Caín tuvo que quitarle la vida.

Al llegar a este horrible lugar, Caín dijo:

—Si es venganza lo que buscas, ahí está tu solución.

El rey respondió:

—¿Cómo se supone que va a ayudarme este sitio?

Caín le dijo:

—El sitio no importa, lo que vale son las aguas; una vez entres, la oscuridad se apoderará de ti, tu exterior se fortalecerá, tendrás la rudeza, la velocidad y la resistencia de cien hombres. Pero tu interior también crecerá, el odio, la ira y el deseo de muerte que llevas se magnificará y no habrá vuelta atrás.

Milak le dijo:

—¿Por qué quieres ayudarme?

Y Caín respondió:

—No deseo ayudarte, quiero ayudarme a mí mismo, una vez entres allí, tomarás mi maldición y yo por fin, después de miles de años, podré irme en paz.

Milak lo miró fijamente y dijo:

—Si el precio de mi venganza es que tus pecados caigan sobre mí y tú seas libre, entonces no lo quiero.



Ya era muy tarde, una vez que el rey decidió marcharse, Caín lo empujó con gran fuerza a las aguas oscuras. El rey trató de salir, de huir, pero las aguas lo jalaban y lo hundían hasta el fondo, luchó con todas sus fuerzas, pero era inútil; la oscuridad lo había consumido en su totalidad.

Días después, las aguas empezaron a moverse y de ellas emergió un hombre, era Milak Saqit, el rey de 80 años que vio a su nación caer. Pero, ya no parecía de esa edad; el agua, aparte de darle grandes capacidades físicas e inmortalidad, también le devolvió su juventud, como si le hubieran quitado la mitad de los años de encima. Caín se había marchado, pero Milak sabía que algún día se volverían a cruzar y arreglarían las cuentas pendientes.

Luego de caminar varios kilómetros, le robó el caballo a un hombre que se había detenido a descansar, y se dirigió a toda velocidad hasta Siraf, quería un recordatorio de por qué hizo lo que había hecho; también quería tomar algo viejo de su armario: su armadura de dragón, de color negro con rojo, con una capa roja oscura, una espada, dagas, guantes negros, y el collar redondo de color verde esmeralda, que le dio su madre cuando nació.



Milak se dirigió a Persia, su principal objetivo era aniquilar al hombre que había quemado y asesinado a su pueblo, Amir Aldamar. Milak no solo tenía grandes capacidades físicas, sino que también contaba con el control de las criaturas de la noche y de la oscuridad, pasó siete días torturando a Persia con un clima oscuro, con lluvia ácida y relámpagos que impactaban en la población. Luego envió a sus criaturas de la noche a asesinar a cualquier persona que se atravesara en su camino. Los persas se defendieron, pero por cada criatura oscura que mataban, ellos asesinaban a cien de sus hombres y mujeres.

Cuando el ejército persa se vio reducido a la mitad, el rey Milak saltó al ataque, su velocidad y fuerza no tenían rival, cientos de hombres se lanzaron contra él y los fue derribando uno por uno, sin ni siquiera esforzarse. Milak ordenó a las criaturas destruir y quemarlo todo, él se iba a encargar del emperador, quería que viera y sintiera lo que él sufrió cuando vio a su gente y a su familia ser asesinada.

Cuando llegó al trono del rey persa, lo vio sentado en su silla, sin hacer un solo movimiento, estaba calmado y sereno, como si no tuviera miedo de lo que estaba por ocurrirle. Al ver a Milak, el rey se levantó de su trono y le dijo:

—Milak Saqit, así que los rumores son ciertos, ¿hiciste un trato con un ente oscuro para vengarte de mí?

Milak le respondió:

—No me importa lo que hayas escuchado, vine a buscar venganza por lo que le hiciste a mi pueblo.

—¿Lo que yo le hice? No seas patético, fue tu hijo el que me buscó y el que quiso asesinarte, no yo —respondió Amir en tono desafiante.

Esto último que dijo Amir desató la ira del rey Milak, así que se lanzó con toda su fuerza a atacarlo. El enfrentamiento duró varios minutos, el choque de espadas fue épico, con cada movimiento salían chispas debido a la rapidez y fuerza con que iban los golpes. Milak logró derribar a Amir y, sin dudarlo dos veces, clavó su espada en el corazón del rey persa.

Luego de unos minutos, Milak decidió marcharse, pues ya no había nada más que hacer en ese lugar. Pero en ese momento, Amir Aldamar se levantó del suelo y se quitó la espada del corazón. Milak lo miró y le dijo:

—Es imposible, deberías estar muerto.

—No eres el único que hizo un trato —respondió Amir.

Milak volvió a atacarlo, esta vez con más fuerza y agresividad, pero su rival no se quedó atrás, también lo golpeó muy fuerte y con mucha rabia. Se rumora que la batalla de los reyes duró días, incluso meses, dos seres inmortales luchando en una batalla sin fin.

En cierto momento decidieron detenerse, pues se dieron cuenta de que no tenía sentido seguir luchando, sabiendo que ninguno





moriría. Milak decidió dejar ir a Amir, pero no sin antes preguntarle:

—¿Dónde está mi hijo?

Y Amir sin mentirle le dijo:

—Es prisionero en el pozo, una prisión de la que pocos hombres salen con vida.

Milak decidió marchar hacia ese lugar, tras advertirle a Amir que, si lo volvía a ver algún día, encontraría la forma de eliminarlo.

Cuando el antiguo rey de Siraf llegó al pozo, vio miseria e infortunio, era una prisión para los peores criminales. Bajó hasta lo más profundo y ahí estaba él, su hijo Ismael, un barbudo, sucio y golpeado que se encontraba tumbado en el suelo sin poder levantarse. Cuando este pobre hombre miró a Milak le preguntó:—¿Viniste a matarme, padre?

—No, vengo a sacarte de aquí —le respondió Milak.

Lo cargó entre sus brazos y lo llevó hasta la salida, tuvo que luchar contra los guardias, pero no eran una amenaza para él. Cuando ya estaban afuera, el hijo le dijo al padre:

—Traicioné a mi pueblo, hice que los asesinaran a todos, merezco morir, por favor mátame, prefiero que seas tú.

—No, traicionaste a tu gente, y a las personas que te amábamos, no voy a matarte, pero tampoco voy a salvarte. Vive con el peso de tus acciones lo poco que te quede de vida —respondió su padre.

Milak se fue triste y decepcionado, pues era consiente de que nunca volvería a ver a su hijo, pero también sabía que era un traidor que prefirió el poder por encima de su familia.

El rey sin trono tenía un nuevo propósito, crear una sociedad en la que desde las sombras pudieran tomarse las decisiones del mundo, no quería que más guerras sin sentido se llevaran a cabo. Tiempo después logró crear una organización con otros hombres seguidores de su pensamiento, a los que llamó Iluminatis, pero antes de todo esto, se encargó de un último asunto: la isla de Hormuz, un lugar al que iban las personas exiliadas de su país o de su familia, sin propósitos ni metas, que solo buscaban un lugar tranquilo para vivir con los recuerdos y las culpas que cometieron en el pasado, sobreviviendo en la miseria y sin fuerza para quitarse la vida. Allí estaba Irineo, el asesino de la esposa del rey de Siraf.

Un día, mientras volvía de pescar, vio a un hombre en su cueva; al principio pensó que era una alucinación, pero luego se percató de que era real, se trataba de Milak Saqit. Irineo comenzó a sentir miedo y su corazón se aceleró como nunca. Milak le dijo:

—Te adopté como un hijo y ¿así es como me pagas?
—Yo no quería hacerle daño a Talia, yo solo quería hacerte daño a ti —le respondió Irineo.

—Me arrepiento, nunca debí salvarte, debí dejarte en el frío sin importar que murieras de hambre. Me quitaste lo único que realmente he amado en esta vida —exclamó Milak.

Esto molestó mucho a Irineo y decidió lanzarse contra Malik para clavarle un cuchillo, pero este lo detuvo con facilidad, le quitó el cuchillo y se lo enterró en el corazón. Mientras Irineo agonizaba, Milak le dijo:

—No quería que terminara así, pero no me diste otra opción, buen viaje, hijo mío.

En la actualidad, siglos después de lo ocurrido, una mujer se encuentra tomando un café en un restaurante de New York. Es una mujer con gran belleza, su nombre es Sarah. Cuando sale del restaurante, se cruza con un hombre de traje y corbata quien la detiene y le dice

—Disculpe, señorita, olvidó su bufanda.

Sarah le responde:

—Muchas gracias, siempre se me olvida algo.

—Disculpe, ¿de casualidad ha tenido familia en Arabia? Me recuerda mucho a una antigua conocida —le dice el hombre.

—No que yo sepa, nunca me lo habían dicho. ¿A quién le recuerdo? —respondió Sarah.

—A una antigua reina de Arabia, su nombre era Talia, una mujer de extrema belleza al igual que tú. —le dice el hombre.



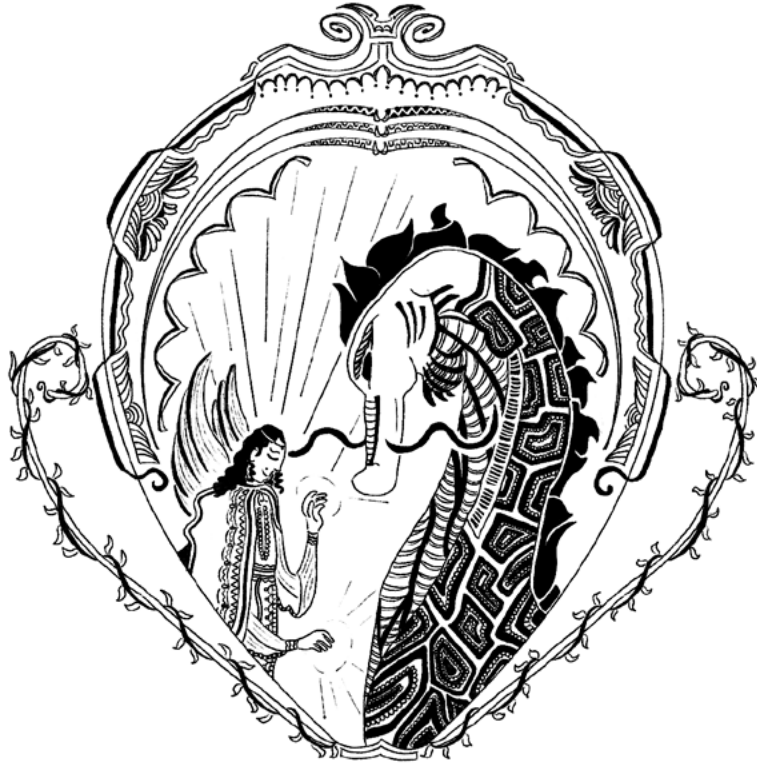
—¿Cuál es tu nombre? —agrega ella.

—Me llamo Sarah. ¿Cómo se llama usted? —le dice ella.

—Soy Milak, un gusto conocerte, ¿me dejarías invitarte otro café? —dice el hombre.

—Solo si me cuenta más sobre esa antigua reina —le comenta ella, en tono de picardía.

—Claro, te contaré todo lo que quieras saber —replica el.



Entre claroscuros internos, cada ser humano es capaz de forjar su propia luz, alumbrando el camino en lo verdaderamente complejo que es la vida.

Milak Saquit, un hombre que nació y creció en la oscuridad pudo encontrar la luz y volverse una buena persona demostrando que la luz y la oscuridad son complementos una de la otra; de como un pueblo que vivía en la miseria, pasó a ser una gran metrópolis desarrollada y de cómo unos hijos que fueron criados y amados con todo el corazón fueron sucumbidos hasta lo más recóndito de la oscuridad.



ESTA COLECCIÓN la componen libros infantiles y juveniles desarrollados por estudiantes del Politécnico Gran Colombiano, de las clases Taller de Redacción e Ilustración II. Consulte aquí otros títulos de la colección:



 SCAN ME